

# Redescubrimiento de la infancia desde una mirada testimonial

---

Vitalina Alfonso

Ensayista y editora cubana. Graduada en Filología por la Universidad de La Habana, se ha desempeñado como editora en las revistas *Casa de las Américas* y *Opción*. Ha trabajado ininterrumpidamente por más de veinte años en editoriales cubanas y en la actualidad se desempeña en Ediciones Boloña, de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana. Ha participado en numerosos ciclos de conferencias,

paneles, charlas y Ferias del Libro en Cuba, México, Estados Unidos, República Dominicana y Puerto Rico, colaboraciones cuyas han aparecido en publicaciones nacionales e internacionales y ha sido jurado en concursos literarios. En 2001 recibió el auspicio del Cuban Research Institute de Florida International University para un proyecto de investigación sobre narradoras de la diáspora del Caribe hispánico y en ese mismo año obtuvo una de las Becas de Creación de la Asociación de Crítica de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Es coautora de la antología *Cuentos para ahuyentar el turismo. 16 autores puertorriqueños* (con Emilio Jorge Rodríguez, 1991) y autora de los volúmenes *Narrativa puertorriqueña actual. Realidad y parodia* (ensayo, 1994), *Ellas hablan de la Isla* (entrevistas, 2002), *Páginas recobradas* (ensayo, 2014) y *Un país para narrar* (ensayo, 2016).

Contacto: [linal@cubarte.cult.cu](mailto:linal@cubarte.cult.cu)

## PALABRAS-CLAVE

Cuba-Exilio, Cuba-Testimonio y Memoria, Carlos Eire, Mirta Ojito, Eduardo Machado y Michael Domitrovich

## RESUMEN

Si la década de los 90 del siglo pasado fue un período significativo en la publicación de memorias —y en su repercusión en la crítica—, debidas a autores cubanos que llegaron a los Estados Unidos en la niñez y en la adolescencia, los años 2000 han continuado mostrando que estos, bilingües y biculturales, necesitan de un balance entre la memoria del pasado y el presente anglosajón en que se desenvuelven para lograr la definición que comprende sus dualidades culturales y hasta pluralidades, en consonancia con los nuevos tiempos. El presente trabajo, a través de cuatro obras comprendidas en este género (*Nieve en La Habana*, *Miami y mis mil muertes*, *Tastes Like Cuba: An Exile's Hunger for Home* y *El Mañana. Memorias de un éxodo cubano*), muestra cómo para estos escritores rememorar la infancia implica reinventarla verbalmente y cómo la elección de la lengua escritural está en consonancia tanto con la identidad artística como con la necesidad de insertarse en el mainstream literario.

## KEYWORDS

Cuba-Exile, Cuba-Testimony and memoirs, Carlos Eire, Mirta Ojito, Eduardo Machado y Michael Domitrovich

## ABSTRACT

If the 90s were a remarkable period with respect to the issue of memoirs — and their repercussions on literary criticism — by Cuban writers who arrived in the United States during their childhood and youth, the 2000s confirmed those authors, bilingual and bicultural individuals, needed to evaluate their past memory and their American present. This is how they develop and come to a definition that comprehends their cultural dualities and pluralities in step with the times. By analyzing four works of this genre (*Nieve en La Habana*, *Miami y mis mil muertes*, *Tastes Like Cuba: An Exile's Hunger for Home* y *El Mañana. Memorias de un éxodo cubano*), the present paper demonstrates that the act of remembering their childhood implies its verbal reinvention. We also discuss how the language choice involves both the artistic identity and the need of participating in the literary mainstream.

La escritura acerca de la propia vida del escritor, denominada en lo relativo a géneros literarios indistintamente como autobiografía o memoria, tiene ya una perdurable y afianzada presencia entre los autores latinos, en su mayoría puertorriqueños, chicanos y cubanos, que residen en los Estados Unidos. La profesora y ensayista Iraida H. López ha observado<sup>1</sup> cómo mediante la autobiografía se viabiliza literariamente para estos escritores algo que casi constituye un proyecto de vida, una “tarea” crucial y obsesiva: definir la identidad propia según el contexto específico e histórico vivido. En similar sintonía, pero circunscrita a los estudios de la diáspora literaria cubana, la ensayista Isabel Álvarez Borland<sup>2</sup> sitúa las memorias publicadas en los últimos años como una de las expresiones literarias de lo que ella define por sensibilidad híbrida, dentro de la heterogeneidad de perspectivas, variedad temática y grupos generacionales que coexisten en los Estados Unidos como consecuencia de las distintas oleadas migratorias cubanas a lo largo de ya cincuenta años. Esta sensibilidad híbrida es atribuida por Álvarez Borland, en específico, a los escritores que llegaron allí con sus padres adolescentes o preadolescentes y, por consiguiente, se han desarrollado en dos culturas y en dos idiomas: en español y en inglés. Bilingües y biculturales, estos escritores necesitan de un balance entre la memoria del pasado y el presente anglosajón en que se desenvuelven. Solo este balance les permitirá la definición de sí mismos que comprende una

---

1 Véase Iraida H. López: *La autobiografía hispana contemporánea en los Estados Unidos: a través del caleidoscopio*. Lewinston / Queenston/Lampeter, The Edwin Mellen Press, 2001.

2 Isabel Álvarez Borland: “Las raíces al desnudo: narradores cubanos en los Estados Unidos”, en *Guayaba Sweet. Literatura cubana en Estados Unidos*. Compilación de Laura P. Alonso y Fabio Murieta. Editorial Aduana Vieja, 2003, 37-50.

dualidad cultural y hasta incluso una pluralidad, en consonancia con los nuevos tiempos.

Rememorar la infancia por estos escritores implica reinventarla verbalmente. Sumado al poco frecuente dominio de las dos lenguas por igual, la elección final de la empleada en la escritura está en consonancia con la concepción personal de identidad artística y, no en mucho menor grado, con la necesidad de insertarse en el *mainstream* literario. La elección trae aparejado el sacrificio de las posibilidades expresivas de una lengua en relación con la otra cuando el pasado del cual se quiere dar testimonio se ha vivido en *una* y su recreación artística se hace en otra, y esa *una* es precisamente la materna. En ella se vivió la infancia de la cual se quiere contar, y esta infancia es la fracturada por la salida intempestiva, la cargada de miedos y angustias que se convirtieron en elementos moduladores del carácter, etc. Pero también fue la de los sueños suplantados de un tirón por las expectativas que imponía la necesidad de supervivencia inmediata. Recordar la infancia implica tratar de comprender cómo dicha fractura ha afectado y /o enriquecido a un tiempo el desarrollo personal, esclarecer los conflictos llevados a la adultez; en esencia: redefinir sus identidades híbridas.

La década de los años 90 del siglo pasado fue un período significativo en la publicación de memorias –y en su repercusión en la crítica–, debidas a autores cubanos que llegaron a los Estados Unidos en la niñez y en la adolescencia. *Exiled Memories* (1990), de Pablo Medina; *Next Year in Cuba* (1995, nominada ese mismo año para el Premio Pulitzer), de Gustavo Pérez Firmat, y *Spared Angola: Memories from a Cuban Childhood* (1997), de Virgil

Suárez dan constancia de esta afirmación. Similares motivos temáticos y una recurrente y particular visión diaspórica que particulariza a la comunidad de cubanos del resto de los emigrantes caribeños asentados en los Estados Unidos, unifican estos tres textos mencionados. A grandes rasgos podemos señalar, entre otros, la despedida del país natal vista como suceso traumático perdurable, como instante preciso en que se inicia la fragmentación y el deterioro familiar; la certeza, desde una perspectiva dolorosa, de que la niñez vivida en la Isla no se asemejará a la de los descendientes; el afán de recuperación de sensaciones experimentadas durante la niñez (olores, colores, sabores), perdidas inexorablemente y evocadas desde una visión idílica; el recuento de la enajenación experimentada en el país adoptivo durante los primeros años, y el anhelo del regreso postergado por tiempo indefinido. Para el resto de las comunidades diaspóricas, el desplazamiento colectivo no significa exilio, este no necesariamente implica una desviación del curso normal de los acontecimientos, y a la patria de la infancia puede volverse sin obstáculos, lo que facilita la consolidación de una comunidad transnacional.

*NIEVE EN LA HABANA. CONFESIONES DE UN CUBANITO Y MIAMI Y MIS MIL MUERTES. CONFESIONES DE UN CUBANITO DESTERRADO*

Según la actualización del año 2010 del Censo de Población de los Estados Unidos, ya residían allí 1 785.547 personas de origen cubano. Esta cifra, considerablemente alta dentro de los grupos inmigrantes de origen

latino de ese país (el tercer grupo hispano), es el resultado de cuatro oleadas migratorias definidas en fechas y políticas migratorias del país emisor y el receptor.<sup>3</sup> Sin duda, dentro de estas cuatro etapas de desplazamientos distinguibles sobresale, por su carácter dramático, una subdivisión ocurrida durante la oleada iniciada en 1960, entre el 26 de diciembre de ese año y el 23 de octubre de 1962, y conocida internacionalmente como la Operación Peter Pan. Mediante un puente aéreo viajaron desde Cuba hacia Miami más de 14 000 niños como avanzada de sus familias, pero de ellos más de 800 se quedaron a la espera de sus padres en Miami por varios años como consecuencia de la cancelación por parte de los Estados Unidos de los vuelos entre los dos países. Múltiples secuelas síquicas quedaron en estos niños y de ella ha sido eco la literatura de los cubano-americanos en casi todos los géneros, pero hasta la fecha los libros de memorias *Nieve en La Habana. Confesiones de un cubanito*<sup>4</sup>, y *Miami y mis mil muertes. Confesiones de un cubanito desterrado*<sup>5</sup>, ambos de Carlos Eire (1950), son uno de los más conmovedores testimonios de ese hecho histórico.

Aunque a grandes saltos la llegada de la juventud y la adultez va cerrando la historia de vida contada, el centro del primer volumen de memorias lo

3 La cuarta, y última hasta la fecha, es la iniciada en 1994. En los estudios de estos procesos migratorios de cubanos hacia los Estados Unidos se coincide en afirmar que esta última oleada ha sido la más larga pero no la de mayor magnitud, pues aún no rebasa la quinta parte de la totalidad de la población nacida en Cuba que se encuentra asentada en aquel país. Ver Lorena G. Barbería: "Cuba, su emigración y las relaciones con los Estados Unidos", en *Temas*, nos. 62-63, abril.-septiembre de 2010.

4 El título original en inglés, publicado en su primera edición (Free Press, New York, 2003) es *Waiting for Snow in Havana*. En 2007 se publicó la edición en español por Vintage Español, Nueva York. Fue traducida del inglés por José Lucas Badué con la colaboración de José Manuel Prieto.

5 En noviembre de 2010 se publicó la edición en español (Free Press, New York) y traducida por Santiago Ochoa.

constituye la infancia del autor, transcurrida en Cuba hasta sus 11 años. La Habana, antes de 1959 y hasta 1962, es descrita con minuciosidad y detallismo. De igual manera se encierran en esas descripciones un cúmulo de experiencias infantiles (miedos, candor, obsesiones y estupor) transmitidas con un realismo y una fuerza dignas de lo mejor de la literatura escrita sobre esos argumentos, que alterna con una lograda plasmación del imaginario infantil dada en dos vertientes: la creencia en varias vidas y una singular mitología eraria. Atendiendo al tema que nos ocupa, una vez más estas memorias son un vehículo para la redefinición del Yo del autor con carácter obsesivo a que nos referíamos en el inicio. Carlos Eire, con solo 11 años, junto a su hermano más pequeño, fue uno de los niños Peter Pan que llegó a Miami en 1962 sin tener a nadie que lo esperase y con esa salida comenzaron todas sus pérdidas que a lo largo del primer volumen resultan motivos recurrentes: el cielo patrio, la familia más entrañable (en este caso abuelos y tíos maternos), las comodidades y gustos de su clase social y la estabilidad matrimonial de sus padres. Como en *Exiled Memories*, de Pablo Medina, publicada trece años antes, la narración de la infancia en Cuba rebosa de emoción y poesía, y la partida (con ella, la fragmentación) está signada por la tragedia y la nostalgia. Se transmite de manera desgarrante en *Nieve en La Habana* pero, sobre todo en *Miami y mis mil muertes*, la inserción del desterrado en el nuevo contexto, mediante reflexiones que invalidan la imagen homogénea y de trayectoria lineal (López) que según Pérez Firmat, en *Next Year in Cuba*, ha seguido su generación (que es la misma de Eire). Ese imprescindible equilibrio, aunque precario, que reclama Pérez Firmat en

sus memorias, como solución salomónica para lograr una inserción entre la cultura adoptada y la primigenia, se tambalea una y otra vez en *Nieve en La Habana* con las obsesiones, con las imágenes fijas que continúan asaltando al narrador incluso ya en plena adultez, frutos de un sentimiento de pérdida pero también de resignación impuesta por la necesidad de supervivencia. El siguiente fragmento es harto elocuente:

La primera vez que vi una de esas nubes fue en el campamento para niños refugiados de la Operación Pedro Pan –los niños y niñas que llegaron a los Estados Unidos sin acompañantes– en Homestead, Florida. Estábamos sentados en la acera, fuera del comedor, yo y otro niño que recién también había quedado huérfano. Estábamos recostados sobre una cerca de valla metálica mirando las musarañas, cuando me preguntó de repente:

– ¿Verdad que las nubes en Cuba eran mucho más bonitas?

– Eso no es verdad. Es que extrañas tu casa –respondí.

– No, de veras. Fíjate bien. Estas nubes no se comparan a las que teníamos allá.

Alcé la vista, y examiné aquel cielo floridano lleno de nubes blancas gordas, altas e hinchadas. Traté de ver la diferencia entre el cielo que estaba mirando y el cielo que había visto toda mi vida hasta diez días antes, pero no encontré ninguna diferencia.

–Lo siento, pero de veras no veo lo que dices –le dije a mi socio huérfano.

–Estás ciego. Es eso. Este cielo es muy diferente. No se compara

al cielo de Cuba.

En ese momento me pareció que aquel muchacho ya estaba en camino a ser uno de esos poetas funestos, y entonces la vi, con el rabillo del ojo. Ahí estaba, la condenada. Una nube larga con la forma de Cuba, que para colmo de los colmos incluía una nubecita debajo igualita a la Isla de Pinos, la isla menor del archipiélago cubano donde mi primo Fernando estaba encarcelado.

Nunca antes había visto una nube como aquella. Y quiero que sepas que me había pasado la gran parte de mi infancia examinando el cielo, esperando a Jesucristo o a un platillo volador.

[...]

Estas nubes me persiguen. Las he visto por doquier. En Bluffton, Ohio, sobre un pueblo donde no hay ni una cerca. En Reykiavik, Islandia, muy cerca del círculo polar ártico. En México, al llegar a lo alto de la pirámide del Sol. En Miniápolis, al anochecer, en el aire más frío que te puedes imaginar.

[...]

Bajo esas nubes vivo la vida que me ha tocado en suerte. Bajo ellas jamás pienso en lo que he perdido, sino en lo que no he tenido y seguramente nunca tendré. Lo que siempre estará fuera de mi alcance. Para mí estas nubes en la forma de Cuba no son tanto recuerdos del pasado como presagios del futuro. ¿Pero de qué futuro? ¿Qué pronosticarán con su silencio?

[...]

Nunca sé, por cierto, cuándo ni dónde, pero sé que sin lugar a dudas saldrá una, cuando menos lo espere, cuando tenga la guardia baja.

“Ahí está”, diré, cuando aparezca de la nada la Isla en forma de caimán, mi

lagartija del pasado y del futuro. Tan sublime, tan etérea, tan inalcanzable, tan lista e insondable, tan sobrecargada de un poder que me puede encantar y aniquilar a la misma vez (195-197).

Pero tras la aparente resignación y la lucha frente a las nuevas contingencias se agazapa la conciencia de una soledad aterradora debida a la ausencia de los seres queridos y protectores. Dicha conciencia comienza a aflorar patológicamente cuando el protagonista-narrador se enfrenta a espacios vacíos en *Miami y mis mil muertes*: “Yo no sabía qué podía ser ese sentimiento, pero lo reconocí de inmediato, y supe algo con certeza: que no provenía de mi interior. No era algo que yo pudiera controlar.[...] Era algo mucho más grande y mucho más fuerte que yo, y definitivamente venía de fuera. Era una presencia, aunque su esencia era la Ausencia” (100).

La segunda oración en los títulos de ambas memorias (*Confesiones de un cubanito* y *Confesiones de un cubanito desterrado*) aluden a la proyección narrativa que caracteriza a los dos volúmenes: catarsis narrativa de las experiencias de vida del autor. Para esta catarsis el autor elige un estilo que se acerca a la narración oral, y para ello se apoya en frases de continuidad narrativa (“Avancemos otros quince años”, *Nieve en La Habana*, 331) o asumiendo al lector como interlocutor cuando desea traerlo al presente y que la voz escuchada sea la del adulto (“...solo tengo una prueba que ofrecer sobre el alma y su inmortalidad: todo este libro, de principio a fin, y sus lectores, incluido tú”. *Miami y mis mil muertes*, 338). Desde esta voz de madurez llega a intervalos el paulatino cambio de idiosincrasia, la

integración a la cultura norteamericana, la llegada de nuevas sensaciones, la pérdida de la lengua. Las transformaciones no entrañan necesariamente dolor y rencor en todos los órdenes, solo en lo relativo a la condición étnica se hace reiterativo ese sentimiento. Veamos en *Nieve en La Habana*:

[...] un vuelo corto en un avión bastaría para transformarme de un niño blanco a un *spic*. Y que siempre me lo recordarán en este país cada vez que tengo que llenar una planilla que califica al ‘hispano’ como una raza distinta: una raza aparte de ‘blanco’ o ‘caucasoide’ (209).

Adueñarse de la nueva lengua, el inglés, implicará, en cambio, la inserción casi plena. Llegar de niños, al menos, tuvo esa ventaja, como manifiesta el narrador en el segundo volumen. Aunque no de manera consciente, el cambio de pensamiento (trazado por el cambio de lengua) significará autonomía, otras opciones, otras responsabilidades, a diferencia del esfuerzo titánico y la poca fortuna en ese empeño que experimentan los emigrantes adultos.

Como Pérez Firmat en *Next Year in Cuba*, Carlos Eire se inclina hacia la tendencia de explicar en *Nieve en La Habana* sus disímiles conflictos de desterrado desde una perspectiva cultural que predomina sobre otras categorías de igual importancia en la formación sociocultural y la identidad de un individuo, como son la ubicación regional, la sexualidad, el género y la clase social, entre otras. Para ambos autores el exilio implicó una abrupta transformación que repercutió en las estructuras familiares de manera desfavorable, tanto en el plano de la mala fortuna en términos económicos

como en la de los afectos. Si comparamos los textos referidos, las consecuencias emocionales del exilio para la estructura familiar de Eire fueron las más devastadoras pues el padre quedó en La Habana para siempre y su compañía y amor fueron usurpados por un joven que suplantó el lugar de los hijos que marcharon. El daño psíquico ocasionado por la ausencia definitiva de la figura paterna –fuente fundamental del bienestar económico, blanco de su admiración por la respetabilidad social que ostentaba y propiciador de una buena parte de su imaginario infantil, etcétera– se agazapa literariamente tras calificativos burlescos y condenas. Pero si de condena se trata, es la figura de Fidel Castro la más culpada por todas sus pérdidas, y en forma explícita se le atribuyen todas las responsabilidades de la torcedura del camino de la vida del autor. Más allá de las razones políticas personales justificadas, sin dudas esta obsesión que recorre todas las páginas de ambas memorias de Eire es expresión del inevitable nexo entre exilio y nacionalismo del cual no pueden escapar los escritores cubanos, a diferencia de los escritores integrantes de las restantes comunidades étnicas, ya que las peculiares características de la emigración cubana son hartamente conocidas al respecto. Partiendo de este presupuesto, la investigadora Iraidá López acota (a propósito de su estudio sobre *Next Year in Cuba*) que este contribuye a que en la mayoría de las autobiografías escritas por los escritores cubanos residentes en los Estados Unidos se superponga la interpretación cultural a la peripecia vital. Si *Next Year in Cuba* es un ejemplo de su afirmación, en *Nieve en La Habana* y en *Miami y mis mil muertes* podemos encontrar un mejor balance de ambos aspectos, con predominio del acontecer vital. En esta última, el autor hace

gala de extraordinaria sensibilidad artística y capacidad para transmitir el horror del exiliado, la devastación mental (y hasta física) que fueron para muchos de esos niños Peter Pan las llamadas casas de refugiados, la autoimposición de un veloz desarraigo para asimilar, de alguna manera, el despojo de todas las raíces. La veneración por la nieve, por los cambios de color en la vegetación, según las cuatro estaciones reinantes es, entre otros múltiples detalles, manera de resucitar de las “muertes” de los distintos pasados (la infancia de La Habana, la estancia predominantemente sombría de Miami, de las vueltas involuntarias a los recuerdos de lo perdido, etc.).

A propósito de la pérdida de la lengua materna, quisiera destacar que la imposibilidad de escribir ambos volúmenes de memorias en español sin dudas constituyó para su autor un acto más del conflicto de dualidad. Su conciencia infantil y el despertar de la imaginación (material narrativo fundamental de *Nieve en La Habana*) ocurrieron en español, de ahí que tratar de atrapar los matices de la lengua adoptada que pudieran dar el más exacto testimonio de las sensaciones vividas en la lengua materna no solo debe haber resultado un proceso angustiante y agotador, sino una reiterada toma de conciencia de una de las tantas pérdidas sufridas por el exilio impuesto, de las fracturas de su identidad.

La verdad irrefutable es esta: el español ya no es mi lengua, a pesar de ser mi lengua materna. Ya no pienso en español ni sueño en español. Ni tan siquiera cuento ni rezo en español. Pero sí sé cómo debo sonar en español, y reacciono con una mueca ante palabras que jamás pronunciaría, como

“calcetines”, “chiquillos”, “autobuses” o “gafas” (XVI).

En unas palabras relativas al complejo y largo proceso de traducción que experimentó este primer volumen, con vistas a lograr su publicación en español, Eire alerta a sus lectores de que escucharán *la voz* de un desterrado a la Torre de Babel, es decir, al mosaico de pluralidad de culturas que coexisten en la sociedad norteamericana. A ella, no de forma lineal y en frecuente tensión como consecuencia de su individual experiencia histórica —y como la gran mayoría de los escritores pertenecientes a los grupos étnicos hispanos—, Eire se incorpora, se asimila y, al mismo tiempo, observa y revive la cultura de sus antepasados y, por ende, de su propio presente, moldeado, como afirma, de tan variadas formas que aún no ha podido discernirlas con exactitud.

*TASTES LIKE CUBA: AN EXILE'S HUNGER FOR HOME*

En la medida que han ido publicándose nuevos textos de escritores cubano-americanos con carácter autobiográfico, las fórmulas homogeneizadoras con respecto al género de memoria han sido dinamitadas por los diferentes discursos literarios que generan, a su vez, las constantes reformulaciones de los procesos de identidades reflejadas en la escritura. Autor, narrador y protagonista continúan siendo una sola voz pero el recuento de los hechos y la redefinición de los valores heredados llegan al lector mediante la mezcla de recuerdos con ficción, oralidad, mitos y multiplicidad de elementos

figurativos que le puedan servir al autor como apoyatura para redefinir tanto su pasado como su presente.

Un caso singularísimo y que ejemplifica esta nueva proyección de las memorias es el volumen *Tastes Like Cuba: An Exile's Hunger for Home* (2007)<sup>6</sup>, escrito a dos manos por Eduardo Machado y Michael Domitrovich. Aunque este último aparece como coautor, y es a quien sin dudas correspondió la responsabilidad de la inserción de todo el recetario de cocina incluido (al cual nos referiremos de inmediato) en este volumen, la vida aquí recreada es la de Eduardo Machado (1953), cineasta, dramaturgo y actor cubano que reside en Nueva York y llegó a Miami en 1961, acompañado de su hermano menor y también como un integrante más de la Operación Peter Pan. De manera indisoluble las vivencias aquí contadas, que abarcan desde su infancia en el pueblo costero de Cojímar hasta su presente en New York, en el cual se desempeña como escritor y actor, están unidas a recetas de cocina –situadas al final de cada uno de los 14 capítulos– que actúan como definidoras de lugares, de personajes y de ambientes emotivos. Los recuerdos de la infancia; la salida de Cuba; las estancias en distintas ciudades con los traumas adaptativos; las aspiraciones personales, entre ellas la de ser actor, y el primer viaje a la Isla, en 1999, luego de treinta y ocho años de ausencia, constituyen, a grandes rasgos, los motivos temáticos fundamentales que de una manera u otra siempre están vinculados con la comida. Aludir a ella, a su saboreo, es permitir la entrada al recuerdo y, al mismo tiempo, una forma de salvaguardar cierta cotidianidad heredada que, lógicamente, con el cambio

---

<sup>6</sup> Hasta el presente solo se ha publicado la edición de Gotham Books (New York, 368).

de vida ya no se preserva, pero que se reconoce como parte integradora de una identidad híbrida: “Café con leche with buttered toast is a true delicacy. It is so simple yet provides so much joy. [...] I was only five years old, but I knew one thing for sure. All I had to do was dunk the bread into the cup. Chew, sip, and heaven in the morning was possible” (3).

El bilingüismo del texto (tanto en las recetas como en expresiones), la escritura compartida con un chef de origen griego-croata, así como la presencia de recetas provenientes de otras tradiciones culinarias que se integran al texto en armonía con el progreso narrativo (las distintas ciudades que fueron acogiendo a Machado en su devenir de emigrado pero también ya de profesional) son algunos de los elementos que conforman la perspectiva pluralista, alejada de centralismos, de Eduardo Machado, nada ajeno al latente entrecruzamiento de bordes y límites que entrañan ya las múltiples migraciones. De ahí la explícita conciencia de que se es poseedor de una identidad otra, que no se nutre ni de una visión nostálgica del pasado, ni de mitificaciones escuchadas a los padres, sino de la convergencia de discursos y prácticas tanto personales como colectivas, así como de reformulaciones de lo heredado.

*EL MAÑANA. MEMORIAS DE UN ÉXODO CUBANO*

Más de 125 000 cubanos arribaron a las costas del sur de La Florida, durante cinco meses ininterrumpidos de 1980, provenientes del puerto cubano El Mariel. Entre esos cubanos, protagonistas del mayor éxodo

masivo del hemisferio occidental hasta la fecha, estuvo Mirta Ojito (La Habana, 1964), quien se ha desempeñado como periodista y profesora en Nueva York y contaba para aquella fecha con 16 años de edad. Llegó a La Florida en compañía de sus padres y de su hermana en una embarcación llamada *Mañana*, y como ha relatado, muchos años después, motivada por la lectura azarosa de un artículo periodístico, se dio a la tarea de encontrar al capitán de dicha embarcación, como un inicial impulso de agradecimiento por haber logrado que su travesía no quedara interrumpida al romperse el barco que su familia paterna había fletado. Pero una vez inmersa en esa labor de pesquisaje, fue adentrándose en una exhaustiva reconstrucción histórica del éxodo por El Mariel, con pormenorizados análisis de las relaciones políticas cubano-estadounidenses, antes y durante el acontecimiento, que en ese plano propiciaron el éxodo. Para esta reconstrucción fue buscando y conociendo a un variado grupo de personas coprotagonistas históricos de las distintas etapas del puente marítimo: desde Bernardo Benes, gestor inicial del llamado “diálogo” en 1978 entre el gobierno de Cuba y una delegación de la comunidad cubana en los Estados Unidos; Héctor Sanyustiz, el chofer de la guagua lanzada contra las rejas de la Embajada del Perú en La Habana, hasta Mike Howell, el capitán del *Mañana*.

Entre el relato y el análisis histórico-político del puente marítimo, la autora va narrando las memorias de su historia familiar en Cuba, lo cual, en su conjunto es el cuerpo narrativo de *El Mañana. Memorias de un éxodo cubano*<sup>7</sup>. Con la alternancia de capítulos logra crear una perfecta armonía

---

<sup>7</sup> El título original en inglés es *Finding Mañana: A Memoir of a Cuban Exodus* y fue publicado por The Penguin Press, New York, en 2005. Siempre cito por la edición en español de Vintage Español,

entre estos. Así, en aquellos relativos a la investigación periodística están, tras sus acciones fundamentales, las historias de vida de los distintos protagonistas de los hechos y, en aquellos relativos a la pérdida de una importante parte de su identidad, transmitida no sin una buena carga de emoción, se observa un cierto distanciamiento periodístico. Esto último le permite evadir el drama social que le ocasionó vivir una infancia y parte de la adolescencia en una familia armónica, que tenía, ya desde 1959, un objetivo esencial: marcharse de la Isla para lograr los anhelos paternos del reencuentro familiar y a su vez abandonar un sistema social rechazado desde los inicios de su instauración.

Si las memorias de Carlos Eire transmiten con dramatismo lo que significó el vuelco, ampliamente desfavorable, de un día para otro de un status de vida económico y familiar, en *El Mañana* Mirta Ojito rememora lo que implicó para ella durante dieciséis años estar esperando la partida, y lo que favorablemente le significó ese cambio de destino en 1980. No obstante, y a pesar de los matices diferenciadores en cuanto a las salidas, el proceso de fragmentación igual dejó sus marcas en la autora, explicadas explícitamente en el siguiente fragmento del último capítulo de estas memorias:

El periodismo, pensé, me daría distancia. La distancia era vital porque, siete años después del Mariel, todavía me sentía incompleta, mutilada por mi condición de exiliada. Disfrutaba de la libertad pero, paradójicamente, extrañaba las restricciones contra las que me rebelaba en Cuba. Abrumada, me atenía a una rutina y, como loba herida, buscaba calor en la manada:

---

Nueva York, de 2006. Fue traducida al español por Orlando Alomá.

la compañía de otros marielitos. Mi dolor de entonces era demasiado descarnado y demasiado valioso para compartir, y a ellos no tenía que explicarles cómo y por qué la nostalgia y la repulsión podían compartir el mismo espacio en mi corazón. El periodismo era un modo de hurgar en las penas ajenas, dejando las mías intactas (302).

Para Mirta Ojito recordar a Cuba y refugiarse dentro de un sector específico de la comunidad que más la comprendía, también implicó dolor por el recuerdo constante de lo dejado atrás; el lazo comunitario constituía una manera de supervivencia espiritual ante la nostalgia y la añoranza. Alejarse de la tierra natal, aun con el pleno consentimiento (que no imperó en los niños Peter Pan u otros tantos pequeños que han acompañado a sus familias en las más disímiles variantes de emigración), siempre implica una imagen mental en el exiliado de una geografía ocultada y trastocada por la distancia y el sentimiento nostálgico. Este, a su vez, se acrecienta cuando el regreso se vuelve cada vez más intangible (como sucedió para las primeras oleadas migratorias, refugiadas en un pasado detenido y para las que tuvieron que esperar muchos años el lograr una visita temporal). El regreso a la tierra natal, en el caso de esta autora, no constituyó un sueño postergado indefinidamente pero sí tardó dieciocho años. El paso irreversible del tiempo con la llegada de la adultez, la formación cultural, la pérdida de la inocencia, y la experiencia individual, entre otras causas, de igual manera marcan un distanciamiento cuando se produce, finalmente, el reencuentro con la patria imaginada. En el Epílogo a *El Mañana*, Mirta Ojito refiere:

Cuando volví a Cuba en 1998, me sentía en casa al caminar las calles de mi infancia, entre la gente con quien me crié, pero extrañamente fuera de lugar en otras partes. Me sentía incompleta, asediada por una sensación familiar de desasosiego, de no estar realmente en ninguna parte, como flotando. El exilio, supe entonces, no es un estado temporal que se disipa en la euforia del regreso. El exilio, como la añoranza, es un modo de vida, como una enfermedad crónica pero no mortal, de síntomas a veces caprichosos: una marcada preferencia por un cierto tono de azul —el color de mi antigua casa, como comprobé al estar frente a ella de nuevo— y un deleite casi infantil, que antes de regresar a Cuba me parecía inexplicable, con la manera en que la luz se filtra por los flameantes capullos de algunos flamboyanes en el sur de la Florida —como sé que ocurre en los árboles que todavía le dan sombra a mi viejo barrio, aunque ya yo no esté ahí para verlos (319).

Pero el regreso sí determinó para Ojito la búsqueda del porqué del cambio de su vida. Esta búsqueda, con el propósito inicial del hallazgo del protagonista de su personal travesía marítima (el capitán del *Mañana*) y agradecerle el presente de ella, parece remitir —y no de manera consciente— a la necesidad de una especie de pase de cuenta con el pasado, de *cierre* de una etapa de transición. Esta etapa puede que haya tenido como punto de inicio el encuentro en 1987 con un sinnúmero de historias de marielitos, al cubrir periodísticamente la sublevación de un grupo de ellos en una penitenciaría de Atlanta y, en consecuencia, su interés posterior en una necesaria investigación histórica y política, ante un suceso del cual apenas se

habló ni estudió en ambos lados del estrecho de La Florida, durante décadas posteriores de ocurrido. Pero solo ese *cierre* fue realizándose en la medida que sus imágenes y recuerdos del pasado en Cuba fueron emergiendo a la luz de la evocación, por parte de los entrevistados, de sus historias personales. Tales recuerdos constituyen los momentos más conmovedores de estas memorias, que aportan una manera nueva de reinventar identidades por parte de generaciones posteriores. Ya los procesos de asimilación de los escritores biculturales no pueden estudiarse mecánicamente como una simple mezcla cultural con sus ventajas y desventajas simultáneas. La globalización en todos los órdenes ha ido sentando las bases para el transnacionalismo, que se veía, sin dudas, aun mayormente favorecido si el movimiento entre ambas naciones fuera circular, como ocurre con el resto de los países de origen de las distintas comunidades hispanas. De esa manera, la unidad espiritual de la cultura cubana sería menos cuestionada en cuanto a su lugar de producción y a la lengua de su escritura.<sup>8</sup> No obstante, ya muchos escritores cubano-americanos están reflejando en sus obras cómo los nuevos tiempos imponen una proyección literaria y profesional variada y más fluida, según las experiencias tanto históricas como personales, de ahí que solo es cuestión de seguirles el camino para ir delineando todo un corpus literario enriquecedor, tanto para la literatura estadounidense como para la cubana escrita en la Isla, en la medida que en ambas se hurga, se reinventa y se proyecta para un futuro una misma nación: Cuba.

---

<sup>8</sup> Ver, al respecto, un conjunto de apuntes y ensayos que Ambrosio Fornet ha ido publicando a lo largo de ya más de una década. Han sido recogidos en casi su totalidad en el volumen *Narrar la nación*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2009.

## BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Borland, Isabel. “Las raíces al desnudo: narradores cubanos en los Estados Unidos”, en *Guayaba Sweet. Literatura cubana en Estados Unidos*. Compilación de Laura P. Alonso y Fabio Murrieta. Editorial Aduana Vieja, 2003, 37-50.
- Barberia, Lorena G. “Cuba, su emigración y las relaciones con los Estados Unidos”, en *Temas*, nos. 62-63, abril.-septiembre de 2010.
- Eire, Carlos: *Nieve en La Habana. Confesiones de un cubano*. Nueva York: Vintage Español, 2007.
- Eire, Carlos: *Miami y mis mil muertes. Confesiones de un cubano desterrado*. New York: Free Press, 2010.
- López, Iraida H. *La autobiografía hispana contemporánea en los Estados Unidos: a través del caleidoscopio*. Lewinston / Queenston/Lampeter, The Edwin Mellen Press, 2001.
- Machado, Eduardo & Domitrovich, Michael. *Tastes Like Cuba: An Exile's Hunger for Home*. New York, Gotham Books, 2007.
- Ojito, Mirta: *El Mañana. Memorias de un éxodo cubano*. Nueva York: Vintage Español, 2006.
- Pérez Firmat, Gustavo: *Next Year in Cuba*. New York : Anchor Books, 1995.